

**WILLIAM CARLOS WILLIAMS**

### Viaje al amor

**Traducción y prólogo de Juan Antonio Montiel, Lumen, Barcelona, 2009, 128 pp. ISBN 978-84-264-1697-1 (Journey to Love, Random House Inc., Nueva York, 1955)**

**P**ublicado en 1957, cuando Williams tenía 74 años, *Viaje al amor* cuenta con 16 poemas, siendo el último del libro *Asfódelo, esa flor verdosa*, el más largo con alrededor de 1000 versos. Williams, que fue un médico de renombre hasta su conversión como escritor y poeta, pertenece a la que se denominó, a menudo irónicamente, la generación perdida de intelectuales norteamericanos expatriados a Europa a principios del siglo XX. Como poeta, rápidamente se hizo conocido en la prensa inglesa y francesa, aunque realmente no se haría célebre hasta su vejez. Algunas de sus obras más destacadas son *Kora en el infierno*, *Primavera y todo*, *La música del desierto* y, en esta misma editorial hace dos años, *Los cuadros de Brueghel*.

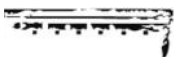
*Viaje al amor* es, sin embargo, una obra de vejez, e incluso de proximidad a la muerte, escrita silenciosamente entre la enfermedad y la convalecencia, que representa un giro, tanto formal como material, en toda la producción poética del autor, así como una nueva concepción autobiográfica de la poesía para la cual la memoria predomina ahora sobre la visión, la imaginación sobre el pensamiento, y la experiencia, en cierto sentido, sobre la muerte, y que hunde sus raíces en la identificación total del autor con su obra como símbolo de persistencia frente al cual el amor aparece como

medio o instrumento capaz de consumir la existencia (“El poeta/ no puede menospreciarse/ sin menospreciar/ su poema:/ sería ridículo”; *La falsa acacia*).

El poeta se distingue así por su amor a lo imperecedero. Y el poema como deseo de inmortalidad es superior al poeta (“El amor/ no termina/ con la muerte”; *Asfódelo*). El amor estriba entonces en “lo perdurable”. Y, en la vejez, el poeta es capaz de reconocer “el olor moral” resultante de la juventud que ahora recuerda y aprehende, el recuerdo de las “flores prensadas” que había guardado en un libro a lo largo del tiempo, ahora disecadas. Más útil que nunca para la vejez, el amor le sirve de terapia, y es que “este libro tan serio”, y tan antiguo, ofrece la disciplina necesaria para “refundar nuestras vidas” y, si no ha sido posible todavía, empezar a vivir en el “amor por el amor”. El poeta ama, entonces, las cosas para persuadir del amor que siente y, a la vez, persuadirse de poder continuar amando a otros sin dejar de amarse tanto a sí mismo como a las cosas que siempre ha amado, y las cosas que siempre ha amado son las cosas que no han cambiado de forma, lo que ha perdurado en el tiempo, y esas cosas que no han cambiado de forma y que han perdurado en el tiempo se reducen a una sola cosa, que es el amor. No se trata de un círculo vicioso, sino de una espiral de bondad en la que media el propio placer de amar (“Es difícil/ sacar noticias de un poema/ aún cuando hoy muchos mueren miserablemente/ por carecer/ de lo que ahí se encuentra”, *Asfódelo*). Por lo demás, el silencio se torna indeseable para el poeta.

No obstante, el poema está limitado por su forma; la poesía supone “saber escuchar al ruiseñor y a los tontos”. Williams, como es característico del hombre occidental, cifra el origen de la poesía en el primer testimonio de nuestra cultura, la *Iliada* de Homero. La poesía y la guerra comparten el mismo origen; la fuente natural de la poesía es, desde el principio, la guerra y la muerte, pero la clase de guerra que es librada por recuperar ese amor antiguo, y cuyas muertes justifica el tiempo, y cuya lección sólo podemos aprender de lo que tengan que decirnos los libros. El “desliz” de Helena de Troya lo explica todo; “de no ser por aquello/ no habría habido poema y el mundo/ lo llamaría simplemente/ homicidio”. Nosotros, tras hacer un ejercicio sincero de conciencia, habiendo valorado lo justo e injusto de la resolución, quedaríamos abandonados al “recuerdo de una raza de tontos o de héroes, si es que el silencio es virtud” (*Asfódelo*).

*Asfódelo, esa flor verdosa* —el cual consta de tres libros y coda y ha sido calificado en la contraportada de este volumen como “el mejor poema conyugal que jamás se ha escrito”— registra esa experiencia de la muerte en relación con la forma que adquiere el amor en la vejez, experiencia que equivale a la memoria y amor que resulta de la experiencia y requiere de la imaginación con tal de mirar al porvenir. El asfódelo es una planta con propiedades curativas para la piel y, al igual que la planta homónima, el poema necesita la luz para vivir y, como todas las plantas, se produce en él una fotosíntesis, que conlleva esclarecer la oscuridad del pensamiento, despejar la tiniebla. En el poema *La imagen clásica*, se ve cómo la persuasión resulta el espíritu del poeta, pero una persuasión contraproducente si el poeta se abandona a sus encantos, parecida a la insistencia con que la mujer (la poesía) trata de persuadir al hombre (el lector) buscando su propio placer o el rechazo del dolor. Lo importante de la poesía es que tiene algo que decir porque hubo una vez en que pareció decirlo todo. La *Iliada* fue, en efecto, durante siglos, junto a la *Odisea*, el texto pedagógico de referencia en las escuelas de la Antigua Grecia. Pero, según un verso de José Martí según el cual el poeta lo que hace es mirar, estamos en condiciones de preguntarle hasta dónde



## LIBROS



### WILLIAM CARLOS WILLIAMS Viaje al amor

abarca su mirada y si su mirada lo que abarca es el mundo de las formas o las ideas, o tal vez, en cambio, el mundo de las apariencias o los sentidos (por emplear los términos de Platón en la *República*). En tal caso, ¿hasta qué punto la poesía surgiría de los sentidos para regresar de nuevo a los sentidos? ¿Sería Troya más propicia entonces a la poesía que, por ejemplo, Atenas?

Sea como fuere, el porvenir no está contagiado de la memoria, la memoria obra en lo que permanece intacto, que no es igual que intocable, y la imaginación soporta el tiempo como el único elemento real de que dispone la inteligencia del poeta. Hay que atender al hecho por el que, si “el amor perdurable” se expresa en el poema, entonces la poesía se convierte en la expresión del amor y el amor está poseído por la propia forma del poema; amor perdurable aún cuando “un tenue carmesí lo tiña/ para hacerlo creíble” (*Asfódelo*). En consecuencia, la metáfora, tal y como declara Williams, es una ilusión y existen dos clases de muerte: la muerte a causa de vernos arrastrados por el amor y la muerte por falta de imaginación, donde no hemos de descartar que sólo la imaginación sea real. Asombrosamente, el amor es algo que los muertos miran mientras que los vivos no aprecian mucho.

Asombrosamente, en el espacio de tiempo que hay entre lo que recordamos y lo que deseáramos recordar, “el olor de las rosas/ vuelve a sobresaltarnos” como si fuera la primera vez. Esta trayectoria del amor conyugal que Williams ha descrito en *Viaje al amor* adolece de cierto sentimiento nostálgico hacia la juventud, en la medida en que nuestra experiencia, incluso frente a la vejez y la proximidad de la muerte, tiene la capacidad de renovarse en cualquier momento de nuestras vidas. Sin que nos asombremos, debemos reconocer que “son ridículos/ nuestros aires de gente/ profunda/ mientras el corazón/ agoniza/ carente de amor”.

Aunque también se puede perdonar por amor. A mi modo de ver, la virtud de Williams habrá sido enseñarnos cómo hacerlo, ahora y siempre. Nada más que mencionemos la palabra amor, Helena ya habrá sido perdonada.

*Antonio Fernández Díez*